

## RETOS PARA LA EDUCACIÓN EN LIBERTAD

La libertad mencionada en el título de esta conferencia puede referirse a los educadores o a los educandos. Hablaré de unos y otros, pero en primer lugar describiré someramente el contexto en el que se desarrolla hoy la tarea educativa. Solo así estaremos en condiciones de hacernos cargo del alcance de los retos a que ha de enfrentarse. Examinaré a continuación las amenazas a la libertad que se ciernen sobre los educadores y trataré finalmente de los peligros que deben afrontar los educandos.

### El contexto educativo

Eran tres, en el pasado, los agentes educadores: la familia, la escuela y la Iglesia. Durante siglos desempeñaron esa tarea en buena armonía. Además de ser el lugar natural de la primera socialización, la familia fue también durante mucho tiempo el taller donde los hijos aprendían el oficio de sus padres. La Iglesia se encargaba de la educación moral, a través de la catequesis parroquial y también mediante los colegios gestionados por las órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza. Hay que recordar, por ejemplo, que la universidad es una creación eclesiástica, surgida a partir de las escuelas catedralicias. Conforme avanzan la Edad Moderna y la revolución industrial, los niños y adolescentes van abandonando el hogar familiar para aprender en las escuelas y trabajar en las fábricas y comercios.

En la sociedad de hoy los agentes educativos clásicos pierden relevancia, a la vez que emergen nuevos educadores. La familia sigue siendo, sin embargo, la instancia educadora primordial... cuando existe y ejerce como tal. Muchas mujeres trabajan fuera del hogar, lo que va en detrimento de la crianza de los hijos. Ahí están los niños con la llave al cuello, que no encuentran a nadie en casa cuando vuelven del colegio. Además, la familia tradicional se enfrenta a profundas crisis: disminución y retraso de la nupcialidad, caída de la natalidad, aumento de las rupturas, violencia doméstica. La familia nuclear, con su morfología larga y estrecha<sup>1</sup> (conviven más generaciones que nunca, pero con muy pocos parientes laterales) cuenta con menos recursos

---

<sup>1</sup> Cfr. Inés Alberdi, *La nueva familia española*, Taurus, Madrid 1999.

**socializadores. Para empezar, muchos hijos no saben lo que es convivir con hermanos y primos, no están en condiciones de pasar por experiencias tan básicas como compartir, pelearse y reconciliarse con sus hermanos. Un gran número de familias ha dejado de funcionar de hecho como primer agente socializador.**

**El panorama de las escuelas es heterogéneo. La educación universal, obligatoria y gratuita, constituye uno de los más importantes logros del Estado moderno, pero a nadie se le oculta que el incremento de la cantidad ha implicado una disminución de la calidad. La interferencia del Estado es cada vez más intensa y muchos centros educativos encuentran dificultades para enseñar algo a sus alumnos, tanto en el orden del conocimiento como de la conducta.**

**La Iglesia llega en su labor catequética a mucha menos gente que en pasado, al hilo de la secularización que ha afectado a Occidente.**

**Para complicar más todavía la situación, aparecen agentes educadores nuevos. En primer lugar, las pantallas. En su origen, la televisión. Ahora hay que tener en cuenta también la consola de videojuegos, el ordenador personal, los teléfonos móviles y otros aparatos de uso creciente. Se calcula que, al terminar la enseñanza secundaria, un alumno occidental ha pasado unas 10.000 horas en el aula y unas 13.000 horas ante las pantallas. Resulta evidente, como veremos luego, que ese desmedido consumo mediático tiene consecuencias. Al margen de lo que visionan los niños y adolescentes, buena parte de ese consumo se realiza fuera del control de padres y maestros.**

**En la vida de nuestros adolescentes cobra un protagonismo creciente el grupo de iguales, la pandilla o cuadrilla. Esa relación se desarrolla en gran medida a través de Internet y las redes sociales. Una vez más, muchos padres y profesores no tienen acceso a ese influyente mundo virtual en el que hijos y alumnos pasan muchas horas.**

**El resultado de esta reciente evolución social es que se complica notablemente la tarea educativa. Desvelos heroicos de padres y maestros pueden malograrse casi por completo, por la influencia de pantallas y amigos. Educar se ha vuelto una actividad de resultado incierto. Aprovecho este momento para expresar mi admiración por vuestra labor, que encuentro muy meritoria. Tenéis todo mi reconocimiento y os animo a no cejar en vuestro empeño.**

**Aunque no siempre podamos palpar los frutos de nuestro trabajo, vale la pena dedicarse a la enseñanza. Hay pocas tareas más gratificantes en el mundo que ser estímulo, catalizador, para facilitar el crecimiento intelectual y la maduración humana de nuestros alumnos.**

### **Los retos a los que se enfrentan los educadores**

**El Estado moderno se convierte poco a poco en el actor social dominante. Al menos tendencialmente, el Estado es, y ha de ser, un Estado de Derecho, lo que nos da seguridad y nos protege frente al abuso por parte de los gobiernos. Pero, a la vez, es un Estado que crece de modo continuo en tamaño, en poder, en atribuciones, hasta llegar a regular todos los aspectos de la vida social. Es burocrático, impersonal, omnipresente, que emplea a cientos de miles, incluso a millones de funcionarios y empleados públicos. El Estado nacional tiene que compartir soberanía: hacia abajo, con los municipios y regiones –autonomías en España--; hacia arriba, con las instancias supranacionales –Unión Europea, entre otras--. En el ámbito de la educación hay que considerar la influencia de la UNESCO, que irrumpe en el ámbito educativo español en 1970, con la Ley General de Educación, y permanece hasta el día de hoy. Hay en España un nombre que encarna de modo ejemplar esta evolución: Federico Mayor Zaragoza. Además de haber sido el único español Director General de la UNESCO, ha desempeñado importantes cargos políticos con gobiernos de todos los colores –franquismo, UCD, PP, PSOE--: al margen de las naturales diferencias ideológicas y de personales piruetas camaleónicas, es mucho lo que en la política educativa une, o es común, tanto al franquismo como a los diferentes gobiernos democráticos españoles.**

**Las declaraciones de derechos humanos y los textos legales nacionales suelen reconocer a los padres como los primeros titulares del derecho a la educación. Ellos son los primeros educadores de sus hijos. Pero los Estados modernos les disputan con éxito esa hegemonía. Los Estados han decretado la educación universal, obligatoria y gratuita, que solo ellos pueden garantizar en la práctica. Esto ha llevado a que se constituya una extensa burocracia pública educativa y a que los gobiernos regulen programas, contenidos, exámenes y muchas cosas más. En la práctica, han desplazado a los padres.**

Esta tendencia es más perceptible en los gobiernos de izquierda. Desde Gramsci, a comienzos del siglo XX, la izquierda se ha esforzado por influir en la cultura y en la educación, a las que consideran las herramientas más apropiadas para cambiar a su favor el hombre y la sociedad. La sociedad se ve como un mecanismo, que se puede desarmar y armar de nuevo, a la busca de un diseño utópico<sup>2</sup>. Detrás de esta estrategia late una hostilidad hacia la familia tradicional, comprensible a la luz del programa ideológico socialista. Su valor supremo es la igualdad, entendida en buena medida como uniformidad. De ahí que su “bestia negra” sean la élite y el elitismo. Pero ocurre que la familia es una fuente clásica de desigualdad: no hay dos familias iguales, y dentro de cada familia hay desigualdad. No son iguales los papeles de padre, madre o abuelo; hay también diferencias entre los hijos: no es lo mismo ser el primogénito o el benjamín. De ahí que todas las revoluciones socialistas y comunistas se hayan propuesto abolir la familia tradicional y someterla al Estado. Este propósito siempre ha fracasado en la práctica, pero ahí está como intento. Lo que perdura hasta el día de hoy es esa animadversión de fondo, que se plasma, por ejemplo, en el abandono u olvido de la familia tradicional, mientras otras modalidades familiares, desde las monoparentales a las uniones de homosexuales, reciben ayuda y estímulos.

El estatismo no es exclusivo de la izquierda, sino que se observa también en la derecha. Si buscamos sus antecedentes filosóficos, podríamos fijarnos en Hegel, que lleva a cabo la exaltación del Estado —en general, y del Estado prusiano de su tiempo en particular— como la encarnación terrenal del Espíritu absoluto, en su despliegue a través de la historia. Hay casi una deificación del Estado. En Hegel se han inspirado tanto ideologías de derecha (fascismo) como de izquierda (socialismo, comunismo).

La derecha glorifica el presente o el pasado y pretende evitar el cambio: es conservadora, o incluso se propone dar marcha atrás para volver a un estadio anterior, en el que el mundo y la sociedad estaban en orden. La izquierda rechaza el presente —y el pasado que lo ha alumbrado— y apunta a un futuro perfecto, a una utopía, a un paraíso (terrenal). Ambas políticas, de conservación o de

---

<sup>2</sup> Peter Glotz, que desempeñó importantes funciones en el Partido Socialista Alemán (SPD) y se dedicó posteriormente a la enseñanza y a la gestión universitarias, ha analizado con lucidez este aspecto de la ideología de izquierda, que él denomina “el malentendido pedagógico”. Cfr. *Die Linke nach dem Sieg des Westens*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart 1992.

vuelta atrás y de marcha adelante, pueden plantearse como reformismo pacífico y respetuoso con la democracia o como involución o revolución violenta.

Es cierto lo que decía Paul Valéry: “Si el Estado es fuerte, nos aplasta; si es débil, perecemos”. Es verdad que aplasta: considero especialmente amenazadora para la libertad educativa la incontinencia legislativa en que incurren nuestros Estados modernos. Inicialmente la ley se propone asegurar el bien común. Además, en un Estado de derecho obliga también al gobernante, lo que en teoría protege a los súbditos de abusos y caprichos por parte del Ejecutivo. Pero ya los romanos clásicos advirtieron de los peligros del exceso legislativo: *plurimae leges, pessima respublica*. Se produce un efecto imprevisto: cuando la legislación se vuelve inabarcable, nadie puede conocer las leyes y reglamentos que le afectan, por lo que de modo inevitable incumplirá algún precepto y se expondrá a la correspondiente sanción. Por ejemplo, si alguien quiere construir una vivienda unifamiliar en Alemania, deberá tener en cuenta unas 20.000 leyes y normas: es imposible no infringir alguna ley. Todos estamos a merced de cualquier inspección malévola, que puede cerrar un colegio por no cumplir alguna de las incontables normativas que le afectan. Ocurre entonces que el Estado de derecho se vacía de su bienintencionado contenido y cunde la inseguridad. La diferencia con los regímenes totalitarios consiste en que ahora los inspectores no llaman a nuestra puerta de madrugada para llevarnos a comisaría, sino que nos visitan en el colegio en horas de trabajo.

La relación entre el Estado, los centros educativos y las familias puede llegar a ser problemática. El intento del Estado por regular todos los aspectos de la actividad educativa, desde los contenidos de las asignaturas hasta la disposición de aulas y pupitres, genera tensiones y amenaza la libertad de los padres, de los educandos y los educadores. Muchos padres no se oponen al intervencionismo estatal, incluso sienten alivio al verse descargados de su responsabilidad. Pero otros muchos se inquietan y se movilizan para hacer valer sus derechos. Surgen así centros educativos de iniciativa social, como los aquí representados.

En esa pretensión tecnocrática, que con frecuencia alcanza carácter totalitario, los políticos educativos encuentran un fiel aliado en la pedagogía moderna. La ciencia y la tecnología constituyen el buque insignia de la cultura moderna. A partir del s. XVII conocen un desarrollo extraordinario, que alimenta la fe en el

progreso, el gran mito de la modernidad. Saber es poder, como ya formuló Francis Bacon, el sistematizador del método experimental. Ese talante dominador se aplica al mundo físico (revolución industrial), al mundo social (tecnocracia) y, en nuestros días, al propio organismo humano, tanto en el inicio como en el final de la vida (aborto; fecundación *in vitro*, clonación; encarnizamiento terapéutico; eutanasia; transhumanismo). El moderno se las prometía muy felices, pero le ha ocurrido lo que al aprendiz de brujo, una vez liberado el espíritu maligno de la botella. Los efectos imprevistos han sido devastadores: el siglo XX ha sido testigo de crisis ecológicas; de totalitarismos, con sus secuelas de millones de muertos; de manipulación y desprecio por la vida humana. De repente se tambalea la confianza en el progreso y nos vemos obligados a hacer un balance ambivalente: el proyecto cultural ilustrado ha producido lo mejor y lo peor, las más refinadas muestras de civilización junto con una barbarie inhumana. Hoy procede hablar de progresos, con minúscula y en plural, que conviven con retrocesos. Se entiende que haya gente que, decepcionada por los logros modernos, pretenda dar marcha atrás a la rueda de la historia.

La pedagogía se inscribe en el programa de la ciencia y la tecnología modernas, con sus promesas de control. En este caso, en el contexto de la ingeniería social al servicio de la construcción de una nueva humanidad. Las coordenadas que van a orientar en adelante el desarrollo de estas ciencias de la educación son el pragmatismo, el conductismo, el constructivismo, el ideal antiautoritario y emancipador que alimenta la revolución del 68<sup>3</sup>. Otras ciencias sociales, como la sociología, la psicología y la antropología cultural, colaboran en ese proyecto. Las ciencias experimentales modernas tienen una vocación reduccionista y sistemática, de dominio. La política no será, al final, más que biología aplicada, como ocurrió en el Tercer Reich alemán. Y en palabras de un físico tan ilustre como Stephen Hawking, no hay que parar hasta que la explicación del comportamiento humano no sea más que una rama de la matemática aplicada. La ciencia moderna es determinista: en ella y en el mundo que programa no hay lugar para la libertad. Ya Husserl denunció hace casi un siglo la colonización del mundo de la vida por la ciencia experimental. Las personas dejan de considerarse a sí mismas como sujetos libres, dueños de sus vidas, y se autoperciben como objetos pasivos, determinados por factores sociales y físicos. El alumno que no

---

<sup>3</sup> Cfr. Eric D. Hirsch, *La escuela que necesitamos*, Encuentro, Madrid 2012.

quiere estudiar ya no dice, como hacíamos en mis tiempos, “no me da la gana, no quiero, no me apetece”. Ahora exclama: “No me siento motivado”. La motivación sustituye a la voluntad libre: es una fuerza o magnitud que se puede suscitar y estimular con la terapia o la medicación adecuadas.

Como es obvio, no pretendo criticar en bloque la labor de psicólogos, orientadores, pedagogos y asistentes sociales. Tan solo quiero alertar contra el peligro que significa la renuncia a la libertad y a una vida auténticamente humana a cambio de poner el propio destino en manos de la ingeniería social. Estimo que la pretensión de la tecnocracia educativa está condenada al fracaso. No lo dudo: la vida y la educación son algo mucho más rico e imprevisible, capaz de romper esas camisas de fuerza que los burócratas intentan imponernos. Pero el mal que pueden hacer estos reformadores iluminados es muy grande. *Ars longa vita brevis*: la empresa científica se prolonga en el tiempo de modo indefinido, pero la vida de los alumnos que tengo en este momento en el aula es única, se vive una sola vez. Exponerlos a experimentos como el de la LOGSE o la reforma universitaria de Bolonia resulta casi criminal: no hay derecho a malograr de esta manera, casi irreparable, las vidas de millones de personas. Los políticos y funcionarios pueden someter sus leyes a evaluación y embarcarse en continuas reformas para corregir lo que proceda, pero para sus víctimas no hay una segunda oportunidad.

En nuestros días surge un nuevo frente de lucha, el que vincula a padres y colegios. Tradicionalmente, los padres se habían alineado con los colegios, había una sintonía de fondo entre ambos. Los padres sentían un profundo respeto por los profesores; si un alumno era castigado en clase, los padres doblaban el castigo en casa y se ponían de parte del colegio. Hoy las tornas han cambiado y con mucha frecuencia los padres toman partido por sus hijos y contra el colegio. Es muy habitual que ante una mala nota o ante un castigo por mal comportamiento los padres acudan airados a protestar ante la dirección del colegio. La enseñanza se judicializa de modo creciente, como le ocurrió antes a la sanidad. De igual modo que hay bufetes de abogados especializados en demandas contra los médicos y las instituciones sanitarias, empieza a haber abogados dedicados a pleitear contra la escuela y las autoridades educativas. Se abre aquí un lucrativo campo de negocio jurídico.

Los docentes se sienten presionados y, demasiadas veces, traicionados por sus propios directivos y dejados a los pies de los

caballos que son los padres indignados. Si de modo paralelo se ha perdido la cultura de la disciplina en el aula, no sorprende que se extienda entre los profesores el síndrome del profesor quemado y que la enseñanza se haya convertido en una profesión de riesgo. Al margen de otras consideraciones, y como aquí me dirijo a directivos de centros educativos, me parece muy urgente recuperar la unidad entre los consejos de dirección y los profesores. No puede ser que los docentes se sientan abandonados o traicionados por sus jefes. Esta situación tiene en ellos un lamentable efecto desmoralizador.

### La libertad de los educandos, en peligro

Concibo la educación como una actividad compuesta, descomponible en dos elementos: enseñar y aprender. Enseñar es lo propio del padre o del docente. En términos aristotélicos se trata de una actividad transitiva, una *poiesis*, cuyo resultado queda fuera del actor. Aprender es lo propio del educando. Estamos aquí ante una acción inmanente, una *praxis*, cuyo fruto queda en el interior del propio sujeto discente.

Durante mucho tiempo la pedagogía enfatizó la labor del profesor, mientras que ahora se tiende a resaltar la importancia del alumno. Ilustra este nuevo clima de opinión el concepto clave de la crianza de los bebés de hoy: “estimulación precoz”. Conforme mayor es la edad del alumno, menor importancia reviste la acción del profesor, como resulta obvio. Claro que este descubrimiento del protagonismo discente da lugar a modalidades patológicas cuando lleva al desprecio del profesor y deja al alumno a la deriva de su propia suerte. El docente sería entonces, todo lo más, un simple acompañante o testigo de los “progresos” del alumno. Importa sobre todo que los niños se diviertan y lo pasen bien: el aprendizaje como una variante del juego, que los adultos no deben interferir. Aquí radica, en mi opinión, una primera amenaza para la libertad de los educandos: dejarlos crecer a su aire, sin límites, sin pautas. Es la manera más segura de hacerlos desgraciados y de impedir su plena maduración como seres humanos. Desde luego no reivindico una educación tradicional del tipo “la letra con sangre entra” ni una disciplina basada en los castigos corporales, pero renunciar a toda autoridad y dejar al niño al arbitrio de su espontaneidad es de un candor que raya en la irresponsabilidad, supuesta la buena intención de tales educadores.



Hay otra amenaza para la verdadera educación de los niños, de signo opuesto la anterior, pero de efectos no menos perniciosos: la sobreprotección. Estamos ante los “padres helicóptero” o “padres airbag”<sup>4</sup>. El fenómeno se detectó en Norteamérica, pero desde hace algunos años también se observa entre nosotros. Va ligado al bienestar económico de las sociedades avanzadas y a la consiguiente disminución del número de hijos. El hijo o los dos hijos que suelen tener ahora las parejas se convierten en un elemento central del proyecto de vida en común. Se trata de hijos que han sido cuidadosamente planificados, en los que los padres se proyectan con gran facilidad. El psiquiatra infantil alemán Michael Winterhoff<sup>5</sup> ha descrito de modo muy gráfico cómo de esta forma los hijos se convierten en tiranos, maleducados y consentidos, de sus progenitores. Winterhoff distingue tres cuadros o escenarios patológicos.

En primer lugar, la equiparación de los hijos con los padres, que pasan a relacionarse en un plano de igualdad, como interlocutores del mismo nivel. El hijo deja de ocupar un lugar subordinado. Esta equiparación se observa tanto en el hogar como en el aula escolar. Este fenómeno se manifiesta ya con relativa frecuencia en los jardines de infancia y escuelas primarias: los propios niños deciden sobre el contenido de la jornada así como sobre lo que podríamos llamar ‘orden público’ dentro de la escuela. La idea pedagógica de fondo es que el niño tiene que divertirse y crecer en libertad –entendida como mera espontaneidad–. En la época de la revolución antiautoritaria, en Alemania llegó a plantearse que los alumnos de los jardines de infancia pudieran elegir representantes para defender adecuadamente sus intereses ante las autoridades educativas: cogestión a los seis años. Este planteamiento paritario se agudiza al pasar a la enseñanza secundaria, donde los alumnos pueden decidir desde la hora de comienzo de las clases hasta el propio contenido de las asignaturas.

En segundo lugar, Winterhoff habla de “proyección”. En este cuadro, el adulto se coloca por debajo del niño. En una inversión de la situación normal, el adulto se vuelve afectiva y emocionalmente dependiente del niño. A este se le encomienda la tarea de “confirmar” al adulto, de reforzar su autoestima con muestras de

---

<sup>4</sup> Cfr. Josef Kraus, *Helikopter-Eltern. Schluss mit Förderwahn und Verwöhnung*, Rowohlt, Reinbeck bei Hamburg 2013; Wolfgang Bergmann, *Lasst eure Kinder in Ruhe! Gegen den Förderwahn in der Erziehung*, Kösel, München 2012.

<sup>5</sup> Cfr. Michael Winterhoff, *Warum unsere Kinder Tyrannen werden. Oder: Die Abschaffung der Kindheit*, Gütersloher Verlagshaus, Gütersloh 2009.

**aprobación. Adultos indigentes que piden y obtienen reconocimiento por parte de los niños. Esta misma relación puede establecerse entre los niños y el personal educativo de jardines de infancia y escuelas. La aparente imposibilidad que sienten tantos padres y profesores de secundaria para exigir a los hijos y alumnos encaja en este contexto.**

**Por último, tenemos el trastorno que el psiquiatra alemán denomina “simbiosis”. Se da una especie de fusión entre los psiquismos de los niños y de sus padres. Es normal que el bebé, al igual que hacen los animales, perciba inicialmente el mundo que le rodea en función del propio bienestar. La antropología y la etología hablan de un período de “egocentrismo animal”. La maduración personal consiste en buena medida en abandonar ese egocentrismo, en adoptar lo que Plessner denominó la “posición excéntrica”, en reconocer que uno no es el centro del mundo. Hay otros centros de otros mundos, para los que uno mismo no es más que periferia. Esto se puede admitir sin trauma, de modo natural. Ser consciente de esta situación y abrirse a la realidad ajena es el principio del conocimiento y del amor, condición imprescindible para alcanzar una vida lograda. En muchos casos, observa Winterhoff, los niños y sus padres son incapaces de superar ese estadio infantil. Los adultos no distinguen entonces entre la psique del niño y la propia, el niño puede ser visto como una parte del propio organismo. Cualquier cosa que le suceda al niño se experimentará como sucedida a uno mismo. Si el profesor se atreve a suspender o a castigar al hijo, el padre sentirá esa censura en su propia carne. Y como él es un buen progenitor, que busca lo mejor para su hijo a costa de sacrificios ímprobos, no puede admitir que alguien cuestione su labor. Ese profesor tiene que ser necesariamente un incompetente o un desalmado, y urge ir a protestar ante la dirección del centro escolar.**

**Puede parecer que Winterhoff exagera, pero los profesores universitarios, soy testigo, hemos empezado a recibir alumnos –y a sus padres– cortados por ese patrón. Nunca pensamos que la Universidad iba a parecerse de este modo al colegio de enseñanza media.**

**En Estados Unidos esta inquietante tendencia sigue su curso y afecta ya al mundo laboral: padres que acompañan a sus hijos ya graduados a la entrevista de trabajo y que luego van a ver a los jefes para quejarse del excesivo ritmo de trabajo impuesto a sus retoños. La sociedad en su conjunto se infantiliza. Guiados por la**

mejor intención y por un sincero e intenso amor a sus hijos, muchos padres los convierten en tarados emocionales, en marionetas sin voluntad propia, condenados a una vida infeliz. Esos niños y adolescentes no aprenden a vivir en libertad, son incapaces de tomar la propia vida en sus manos. Y de modo paralelo, se difumina el sentido de la responsabilidad. *Los años irresponsables*, así se titula un lúcido ensayo de Valentí Puig que toma el pulso a nuestra sociedad<sup>6</sup>.

Las pantallas y las redes sociales puedes convertirse igualmente en aliados de una conspiración para robar la libertad a los niños. La pediatría lleva decenios alertando a la opinión pública sobre las nocivas consecuencias del excesivo consumo mediático por parte de niños y adolescentes. Apenas hay ejemplar de *Archives of Pediatrics & Adolescent Medicine*, una revista muy prestigiosa entre los pediatras norteamericanos e intensamente preocupada por los problemas médico-sociales de niños y jóvenes, donde no se publique algún estudio de campo para documentar esa nueva pandemia. No necesitamos llevar a cabo sofisticadas encuestas epidemiológicas para hacernos una idea de los efectos de esa prolongada exposición a las pantallas. El 70% de los niños norteamericanos entre los ocho y los dieciocho años dispone de pantallas variadas en su dormitorio (en España, en torno al 40%). Esos niños dormirán menos de lo necesario y tendrán con frecuencia un sueño agitado, con pesadilla, pues habrán visto programas inconvenientes justo antes de dormirse.

Son muy poderosas las pantallas. Tal vez muchos de ustedes recuerden el programa infantil *Pokemon*. Durante unos años, *Telecinco* lo emitió a las ocho de la mañana. El Ministerio de Educación calculó que el 20% de los alumnos españoles de primaria acudían a clase sin desayunar: los niños —y sus padres, principales responsables— eran incapaces de separarse de la pantalla para tomar el desayuno, comida tan importante a su edad. Provocan además trastornos oftalmológicos y neurológicos. Inducen un estilo de vida sedentario, que se asocia al sobrepeso y a la obesidad, pues los televidentes ingieren abundante comida basura mientras están ante la pantalla. Esos niños tienen un lenguaje pobre, con escaso vocabulario, y les cuesta mucho el pensamiento abstracto. Se concentran con dificultad, por lo que su rendimiento escolar es deficiente. Y todo esto sin hablar de los que los economistas llaman el coste de oportunidad: las muchas cosas

---

<sup>6</sup> Valentí Puig, *Los años irresponsables. Lo que va de siglo*, Península, Barcelona 2013.

que dejan de hacerse por pasar tanto tiempo consumiendo esos medios. Aparecen nuevas formas de adicción a las pantallas. Y, en los países que figuran a la cabeza del mundo en penetración de Internet entre el público infantil, crece la inquietud de los padres y de las autoridades.

Recordemos, sin embargo, que las nuevas tecnologías de la comunicación no son intrínsecamente perversas. Como siempre, todo dependerá del uso que se hace de ellas. Recuerdo las palabras de Marcel Reich-Ranicki, el patriarca de la crítica literaria alemana, cuando la televisión se convirtió en los años sesenta en un medio de masas: “La pantalla hace a los listos más listos; y a los tontos, más tontos”. Las nuevas tecnologías ofrecen recursos muy aprovechables en la educación, pero son minoría los usuarios que les sacan el deseable partido.

Las redes sociales, de la mano de los nuevos recursos tecnológicos, cobran una vitalidad inimaginable, que con frecuencia amenaza la libertad de los adolescentes. Todos los seres humanos buscan reconocimiento, saberse acogidos y queridos por el grupo de referencia. Esa necesidad se siente de modo particularmente intenso por parte de los adolescentes, que buscan su lugar en el mundo. La importancia del grupo crece si en el hogar familiar hay problemas y vacío afectivo. La pulsión por buscar el reconocimiento ajeno y sentirse uno más reconocido dentro del grupo puede llevar incluso a negar lo evidente y a renunciar a elementos centrales de la propia personalidad. Baltasar Gracián reflejó agudamente esa conducta despersonalizante en uno de sus aforismos: “Antes loco con todos que cuerdo a solas”. Muy pocas personas tienen la fortaleza de carácter necesaria para desmarcarse del resto, aunque esto implique ir contra corriente y quedarse solo. Conozco una familia alemana, compuesta por el matrimonio y cuatro hijos pequeños, que ha adoptado como lema para la educación de sus hijos el “no somos como los demás”. Lo viven sin crispación, sin complejos y sin arrogancia, con sencilla naturalidad. Y lo explican con claridad a sus hijos: --¿Tienen los demás niños de vuestro colegio papá y mamá, como vosotros? – No. --¿Tienen los demás niños tantos hermanos como vosotros? – No. --¿Conocen los demás niños al Niño Jesús y a la Virgen, como vosotros? –No. --Pues entonces, no somos como los demás. Los padres de adolescentes conocen la agotadora pelea con sus hijos, en la que estos invocan precisamente el argumento de “los demás”: --Los demás pueden, tienen, llegan a tal hora, disponen de, cuentan con... ¡Soy el único de la clase, de mi grupo, de la

**pandilla, que no tiene, no puede, no va...! Muchas veces no es verdad, pero con demasiada frecuencia los padres están tan cansados de la brega que no tienen fuerzas ni tiempo para conectar efectivamente con los padres de los amigos de sus hijos. Se comprueba en la práctica que, cuando lo hacen, no resulta demasiado difícil dar la vuelta a la situación y llevar un poco de sensatez a las mentes de esos otros padres un tanto despreocupados.**

**Y cuando, efectivamente, uno se queda solo, llega la hora de vivir la fortaleza, que tal como la entendían los moralistas clásicos no es una virtud que nos empuja a la realización de hazañas descomunales, sino que nos ayuda a resistir con entereza las adversidades, de ordinario menudas. Además, muchos de esos hijos que pelean para obtener de sus padres concesiones que los igualen con sus pares, en el fondo respiran aliviados cuando los padres se mantienen firmes y evitan a los hijos situaciones comprometidas en las que, en el fondo, iban a sentirse incómodos. En cualquier caso, los hijos también saben advertir el cariño y la auténtica preocupación por ellos que late en esas negativas paternas.**

**El gregarismo de las redes sociales es un peligro de entidad, y no es fácil combatirlo con eficacia. Las posibilidades de control por parte de los adultos –padres y profesores— son más bien limitadas. Las pantallas son omnipresentes, y los niños superan ampliamente a sus padres en habilidad tecnológica. Está bien restringir el número de pantallas en el hogar y establecer limitaciones para su uso, desde filtros hasta restricciones de acceso. Esas medidas tendrán de modo inevitable un alcance limitado, pues esos niños podrán acceder a los contenidos censurados fuera del hogar, en las casas de sus amigos o en establecimientos públicos. Aunque les cueste sangre reconocerlo a los padres-helicóptero, al final no cabe más que esmerarse por dar una buena educación a los hijos pequeños, rodearlos de cariño y confiar en ellos. La experiencia indica sobradamente que, aunque en ocasiones puedan distraerse o incluso descarriarse debido a las malas compañías o a la influencia de las pantallas, el buen fondo sembrado en su momento acabará aflorando y reconduciendo esas biografías accidentadas. Es el riesgo de la libertad.**

**Alejandro Navas**  
**Profesor de Sociología de la Universidad de Navarra**  
**Pamplona, 13 de noviembre de 2013**